

EN TORNO A LOS ESPUMOSOS

por

MANUEL BERDUN TORRES

Nuestro buen amigo Joaquín Mateo, paradoja humana de intelectual y activista, nos reúne una vez más en éste, para mí entrañable coloquio, homenaje principalmente a nuestros queridos ausentes, y en cierto modo recuerdo de una época, ya historia, de "Zaragocica" en la década de los 50.

Y digo "Zaragocica" sin más intención que recordar el definitivo artículo que José María Aguirre publicó —mejor coló— en la página literaria del Noticiero (Tonticiero, le llamaba Santiago Lagunas): "La cultura en Zaragocica, está al nivel de las aceras" decía, y claro está, ya no escribió más, en el Noticiero se entiende.

Bueno, pues resulta que me es muy difícil descerrajar el baúl de los recuerdos, difícil y hasta doloroso, porque ¿Acaso podemos recuperar lo nostálgico? ¿No nos destruimos un poco reincorporando el pasado?

Y además, dónde quedó el baúl?

En Costa, 4, donde estaba prohibido soñar con Miguel Hernández o Saroyán, —¡Cierra la puerta por fuera, papá! porque querían que fuéramos notarios...

Quizás en Coso, 96, donde los Mateo, alquimistas de la palabra filosfal, tenían Academia de Geometría...

O en Independencia, 29, donde Manuel Derqui luchaba contra todos y contra sí mismo, sabiéndose como Kafka vencido de antemano, en batalla ganada como El Cid y los santos, después de muerto?

O tal vez en casa de Santiago Lagunas, que era casa, convento, estudio de arquitecto, taller de pintura, escuela de humanidades y muchas cosas más...

Acaso en Zurita, 8, donde con Emilio Alfaro atábamos, y bien atados, los libros de su padre, mientras le decía a Mario Antolín Paz: —El mundo no nos comprende, ni nosotros a él, ya bajando las escaleras, camino de la estación de Madrid...

Esta era la nómina; no se me olvidan Lamana, que era un señor

ocupado, no como nosotros, y Uriel, que se nos fue a París tras las huellas de Pasteur.

En definitiva, *Los Espumosos*, con asientos de gutapercha, olor a berberechos y tintineo de cucharillas, nos van a permitir, como a Proust, recobrar el tiempo perdido.

Bueno, pues esos eramos "los de entonces", y como en aquellos tiempos no había campañas electorales, máquinas tragaperras ni mayores incordios, los poetas nos podíamos reunir en los cafés para hablar de lo divino y de lo humano.

Y como era "*Zaragocica*" en las calendas del 50? Pues una ciudad encerrada en sí misma, en la que era imposible entrar y muy difícil salir, como la describió M. Derqui: —Hemos visto la ciudad cerrarse poco a poco, tenía una expresión huraña, de egoísmo reconcentrado..." pero ¡qué ciudad Dios mío!, recorrida por el siempre heroico e inmortal cierzo, donde los hombres con el sombrero hasta las pestañas y chupando las solapas del abrigo no podían mirarse unos a otros, absortos en llegar a tiempo a las cuarenta horas de San Cayetano o a leer el ABC al Casino Mercantil, en cuya "pecera" curaban su ciática.

Y había críticos también, que pontificaban por la prensa, y la Sociedad Económica de Amigos del País, La Cadiera, y más, mientras Inocencio Ruiz, Bailó y Alcrudo miraban pasar la gente sin que entrarán a comprar libros.

Y además estaban las castañeras y los mendigos —señores mendigos con nombre y apellidos— y charlatanes en la esquina de Correos, y soldados y estudiantes, cada uno por su lado del Paseo Independencia ¡Ay de mi Alhama!, más los Cadetes los sábados, incluido Juan Carlos, que salían a toda prisa de Soconusco y entraban 7 en un táxis para llegar al toque de retreta.

Muchas otras cosas había, claro, y entre otras, las Insulas de Nike y *Espumosos*, que fueron algo más, que unas breves líneas en la Enciclopedia Aragonesa.

A los *Espumosos* íbamos por la tarde, sobre las 7. Nos sentábamos siempre a la izquierda, cerca de los ventanales; veíamos la calle y al fondo el kiosco de Alcrudo, que nos guardaba los últimos libros prohibidos.

Precisamente fue Alcrudo quien nos reunió a todos. J. María Aguirre y yo, andábamos, después de la experiencia de "*Almenara*" (2 o 3 números), tras un pintor o dibujante, pues intentaba -Aguirre— otra revista de más vuelos. Y él nos presentó a Lagunas y ya, nos citamos en los *Espumosos*.

Después vendrían Derqui, Uriel, todos; al mes justo ya estaba en la calle el primer número de "*Ansi*", con dibujos de Lagunas, Aguayo y Laguardia. Ya se sabe, no es que se vendiera, más bien se repartía, se intercambiaba con otras revistas: en realidad no tenía precio. Creo que aparecieron 5 números.

Bueno, pues en la tertulia hablábamos poco, hasta que venía Lagunas

y centraba el tema y arremetía contra todo. Sobre todo los críticos le sacaban de quicio. A Camón Aznar le llamaba "Camión Aznar"; contaba anécdotas, chistes, de todo. Recuerdo uno yo creo que se los inventaba, que decía: Estaba un hombre leyendo el periódico en el café de su pueblo y de pronto levantando la voz exclamó —Y dice que le dio 27 puñaladas; ¡ahí va! pues si que sería bruto que sabía contar hasta 27". Nada, que no perdonaba a los críticos.

Derqui nos leía fragmentos de sus novelas o algún cuento; Aguirre observaba, luego puntualizaba. Pagábamos nuestro café, sin azúcar, cada uno el suyo, aunque a veces nos invitaba Santiago Lagunas, y nos íbamos, Lagunas a su casa, que tenía unos horarios muy conventuales, Aguirre y yo a oír música a casa de *Derqui*: Wagner, Onneger, también Edit Piaf y Benny Goodman. Y nos hablaba de Sansueña y Pilar Bayona; después nos leía otro capítulo de "Meterra". Leía despacio, se paraba, nos miraba, ahora me pregunto si nos veía. Había algo del esfuerzo diario del atleta en la progresión de Meterra y yo creo que leyéndonos fragmentos se liberaba. Yo apenas entendía nada, pero sentía que estaba ante algo heroico.

Bien, ya sabéis que fue Indurain el que apoyó y gestionó su publicación en la Editorial Planeta. El no la vio editada, en realidad publicó poco: al siempre aparente liberal Heraldo de Aragón, no tenía más acceso que un cuento al año, en la edición extraordinaria del día del Pilar. Creo que fueron 12 o 13, desde el 58 al 70. Pero Manuel *Derqui* ya lo sabía y no se quejaba. Así lo dejó escrito en su novela corta "*Una casa en la ciudad*", al final, en la despedida:

"Comprendo que en el fondo yo quería bastante a mi ciudad.

A pesar de todo.

Y le digo adios alzando la mano. Le digo adios a las calles, a las plazas, a las casas; a mi casa y hasta a su monotonía...

Adios a sus habitantes, a mis amigos, a mis muertos... A todo aquello que unido por tantas cosas, forma precisamente La Ciudad.

Mi ciudad, de la que me despido sin ningún rencor.

Como de mi Casa, que es también La Ciudad.

A pesar de todo.

Fechada en Sansueña, agosto de 1955.

También J. M. Aguirre recuerda a la Ciudad —y a los Espumosos— desde su voluntario exilio, en un poema, inédito y que él cree desaparecido, que me envió desde Cambridge: Así escribía en 1956:

¡Ah Ciudad, Ciudad!

Cuando salíamos a conversar contigo,

A conversar de ti con los hermanos,

Entre el rumor de cucharillas,

con voces de café con leche.

No importó que tu fueras extranjera.

.....

Manuel Berdún Torres

¡Qué podíamos hacer
A fin de que la flor
creciera en el asfalto!

Bueno, pues de estas y otras muchas cosas hablábamos en los Espumosos, que aún están allí, como esperando algún regreso imposible, porque los mejores se han ido, y habremos de concluir con Holderlin:

“Los dioses se han marchado, nos queda el pan
y el vino”

para seguir contando, claro.